Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana"

En Curicó, con la amargura de siempre, Barnabás Leiva -el poeta marginal- arrastra junto a los pies su filosofía fútil y su manifiesto roído por los ratones y por el tiempo.

Ha tenido que conformarse con seguir leyendo sus versos a los "vampiros vinagres" (su grupo de amigos), mientras se fuma un huiro para pasar la rabia y dar olvido a su triste pobreza: la de no ser famoso, a pesar de haber pintamajeado su nombre en todas las murallas de la ciudad, asustar liceanas y escupir palomas, para que lo reconozcan como un "poeta maldito".

Nos visitó Pedro Lemebel y no pudo regalarle su manoseado de poemas; su última esperanza de ser apadrinado por alguien que lo lanzara a la fama...

Pedro era el plato de fondo del evento cultural del semestre inserto en la celebración del mes de la provincia.

Blanco, como una de esas muñecas de porcelana, con colorete en los pómulos y brick-cake rimbombante algo malhecho después de su cita con los universitarios y el whisky on the rock, atravesó el local de eventos, altivo, como animadora de televisión.

Y ahí estaban los literatos criollos que llegaron temprano al lugar del convite, confundidos con las oscuras y despintadas fachadas del centro, que antaño bullían de un comercio inquieto de próspera ciudad provincial, ávidos de empaparse de más cultura, poesía, libros.

Con los ojitos brillantes detrás de los anteojos a lo John Lennon o a lo "Shusana Chechilia", estaban felices por la oportunidad de conocer a un escritor que aparece en la tele.

La ocasión les ameritaba olvidar "Pura Sangre" o la otra telenovela de la tarde; trocar con resignación el ritmo axe o el asereje buidi pipí, por el clásico guitarreo de algún repetido y melancólico émulo vernáculo de Silvio Rodríguez.

Ahí se dieron cita, la multiplicidad de grupitos de escritores y amigos de la literatura. Esos pequeños quórumes de modesto nivel y calidad creativa y también aquellos con una tremenda carga de motivación ideológica que redunda en un sectarismo inconducente, y en algunos casos más extremos, en una beligerancia trasnochada.

Vamos desempolvando la bufandita y el sweater de cordero chicle.

Vamos sacándose la corbata en favor del beatle y el montgomery con botones de hueso. La circunstancia lo exigía ...

Apostadas ya las agrupaciones en cada esquina del recinto, a manera de cuadrilátero, el encargado cultural inició el evento encomiando a la autoridad y al cronista Lemebel.

Con evidente dificultad juntó las palabras con la impericia y la tartamudez consigna de su curucho especialmente modificado para encasillar el cargo que ostenta.

Luego, el cantautor y más tarde la habitual poesía virtual -esa con diapositiva y data-show- porque la poesía a secas ¡no! ...No, porque aburre; es demasiado densa; tiene poca performance. Uds. saben: tiene poco glamour. Estos valles curicanos necesitan poesía con imagen como refuerzo. Tal vez, libros con monitos.

Y Lemebel, desconectado con una pose cavilatiza, de regenta blanca, alba. Pierna arriba, con sus botas rosadas y el vaso de whisky casi vacío, casi dado vuelta, casi dulce, casi amargo, casi magro.

Después, en el escenario, el artista reivindicaba su diferencia; exigía tolerancia a los compañeros que le dieron vuelta la espalda en otros tiempos.

Con la lengua casi muerta y la voz atorada, no era capaz de leer "El Wilson". Tenía los párpados caídos, como un cegatón. Había perdido sus anteojos en la inmensidad de la mesa movediza.

De fondo el alborolo, el barullo desconcertado entre el castellano antiguo y los francos garabatos...Y el Lemebel, tratando de balbucear su cuento de amor extraño.

- "¿Vieron?... ¿Pa' qué le dieron tanto copete?" - opinaba la masa adocenada e inquieta y Lemebel, exigiendo : "O me dan otro, o me voy...Si no se quedan callados no venga nunca más a...¿Dónde estoy?".

Las luces quemándole la frente blanca de geisha jubilada y el delineador corrido y las pupilas perdidas en el cielo raso, desconectado, de otro lugar.

Nadie entendía nada.

El silencio tenso y, como siempre, el moderador ... desaparecido. Entonces alguien de la sociedad de poetas sobrios se adueñó del micrófono, suplicó una ruada de preguntas al auditorio, para revivir al ídolo que yacía sobre el estrado.

En ese instante emerge Barnabás, de la otra agrupación. Le exige soltar el micrófono, acusándolo de ser informante de la CNI.

Otro del público pidió calma. Otro se subió a la tarima y exigió verdad y, por último, una cuarta afirmó a la concurrencia que no había que pedirle más a Lemebel, porque estaba cansado y porque Lemebel era escritor "y los escritores son para escribir y no para hablar", por lo tanto, se terminaba ahí el evento y la polémica entre los concurrentes.

Se desparramó el vino; se liberó por fin toda la estupidez colectiva, entre el abucheo generalizado y el desconcierto... Cayó el telón y se puso el broche de oro de siempre en la cultura nuestra: poca, mala y polémica.

Mientras los garzones limpiaban el trago del suelo y los técnicos desconectaban los parlantes, perdido en la jungla provinciana, Pedro Lemebel estaba tumbado a la orilla del escenario, hecho un ovillo, sin entender del mundo, ni la razón de estos rebaños, musitando o balbuceando una canción ininteligible.

Curicó: pueblo de noche diminuta, paso desconocido entre el cielo y el infierno; a tus pies las hojas del poemario, embarradas con tierra y vino bigoteado...

Rodrigo Rojas

La Prensa (Curicó) 16.10.2002 656147

Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana" [artículo] Rodrigo Rojas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas, Rodrigo, 1930-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro Lemebel y los ecos de su "noche curicana" [artículo] Rodrigo Rojas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile